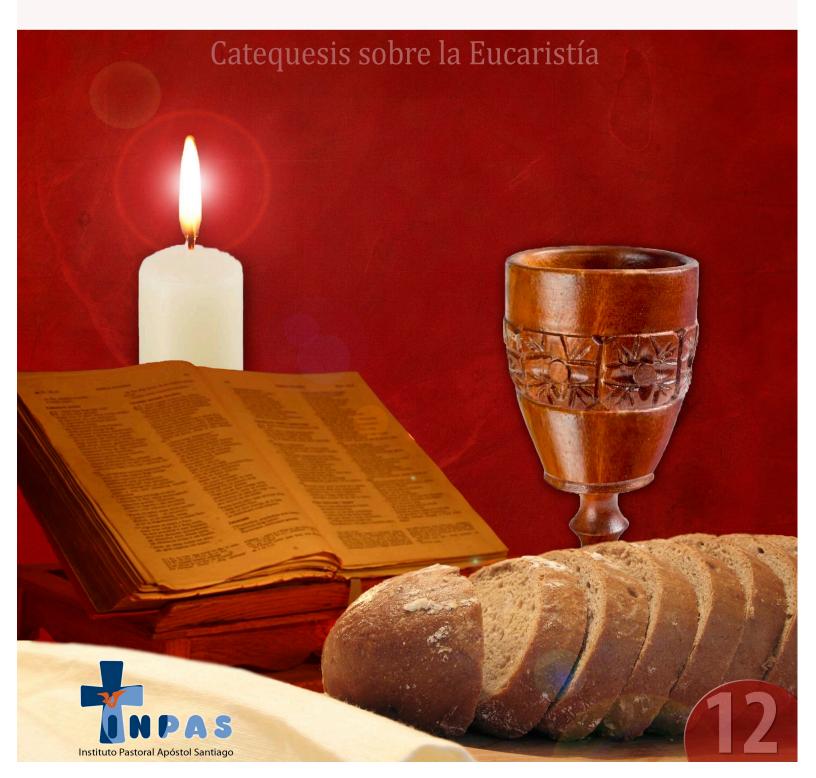
SACRAMENTO DE NUESTRA FE



SACRAMENTO DE NUESTRA FE

Al terminar de consagrar, el sacerdote que preside la Eucaristía, se dirige a la asamblea para llamar la atención sobre el gran misterio que ha sucedido. Es común que nos diga: "este es el sacramento de la fe", pero también nos puede decir: "aclamen el misterio de la Redención", o bien, "Cristo se entregó por nosotros". Todas estas aclamaciones apuntan al contenido medular de lo que estamos celebrando: un "signo" eficaz del amor de Jesús hacia nosotros y hacia toda la humanidad.

La respuesta no es menos importante: con la palabra o con el canto, pero siempre con igual entusiasmo, la comunidad proclama su fe: "Anunciamos tu muerte, proclamamos tu Resurrección, ¡Ven, Señor, Jesús!". O bien, "Cada vez que comemos este pan y bebemos esta copa, anunciamos tu muerte, Señor, hasta que vuelvas".

Estas simples frases reflejan la fe más profunda de la Iglesia sobre el misterio que celebramos. Es verdad: esta es la Pascua del Señor, y cada vez que celebramos este sacramento, nos hacemos contemporáneos de Jesús para pasar con Él de muerte a Vida, y para anticipar su Venida definitiva al final de los tiempos.

Esa es la verdad. Conscientes o inconscientes de cada Eucaristía salimos 'más resucitados' de lo que entramos. Damos un paso nuevo en la fe o, simplemente, el Señor lo da en nosotros, para que crezca nuestra caridad, se avive nuestra esperanza o logremos una vida más coherente en el amor.

Y todo esto, acontece "sacramentalmente", es decir, a través de los gestos y palabras de la comunidad y del celebrante, que son fecundados por la gracia del Espíritu Santo.

Nuestra vida está llena de pequeños y grandes "sacramentos". Cuando doy un beso, no sólo coloco mis labios junto a la piel de otra persona, sino que hago cariño y comunico amor que llevo dentro. Cuando doy la mano, saludo pero también acojo con simpatía. Cuando preparo la comida, no sólo cuido los ingredientes para que ella quede sabrosa, sino que pongo todo el amor para que sea percibido al momento de servirla. Y eso la gente lo nota claramente. Y en el fondo eso es lo que nos interesa. No nos quedamos en lo exterior, sino que es la interioridad lo que se comunica en los gestos externos. Se dice que el cariño le da más gusto a la comida.

Así también la vida de la Iglesia. En ella sabemos cuáles son los gestos y palabras; cuáles son los lugares, los tiempos, los momentos, en que el Señor prefiere ser reconocido. Y por eso con mucha devoción decimos sus palabras, realizamos sus gestos, sabiendo que Él los hará fecundos, con su presencia y con su Espíritu Santo.

Los sacramentos son signos "visibles" de la gracia "invisible". Acciones de la comunidad reunida en la cual está presente el Señor que las fecunda. Al derramar el agua del Bautismo Dios nos hace hijos suyos. Al ser ungidos con óleo en la Confirmación, Él nos hace sus testigos. Dando el "sí" del consentimiento, los novios quedan comprometidos para siempre.

Por eso estos gestos tienen una plenitud insospechada.

Consagramos el pan. Consagramos el vino. Y aclamamos con fe viva: "este es el signo del amor", "esta es la señal de su entrega", "este es el Sacramento de nuestra fe".

Sugerencias:

- 1. Canto: Cantar la aclamación después de la Consagración.
- 2. Enseñar las tres aclamaciones y las tres respuestas posteriores a la Consagración y procurar alternarlas en los Domingos sucesivos.